

Franc. Si, señor.
Dieg. ¿Ha llamado ya Doña Irene?
Franc. No, señor... Mejor es que vayas allá, por si ha despertado y se quiere vestir. (*Rita se va al cuarto de Doña Irene.*)

ESCENA VIII.

DON DIEGO, DOÑA FRANCISCA.

Dieg. ¿Usted no habrá dormido bien esta noche?
Franc. No, señor. ¿Y usted?
Dieg. Tampoco.
Franc. Ha hecho demasiado calor.
Dieg. ¿Está usted desazonada?
Franc. Alguna cosa.
Dieg. ¿Qué siente usted? (*Siéntase junto á Dona Francisca.*)
Franc. No es nada... Así un poco de... Nada... no tengo nada.
Dieg. Algo será; porque la veo á usted muy abatida, llorosa, inquieta... ¿Qué tiene usted, Paquita?
Franc. Si, señor.
Dieg. Pues ¿porqué no hace usted mas confianza de mí? ¿Piensa usted que no tendré yo mucho gusto en hallar ocasiones de complacerla?
Franc. Ya lo sé.
Dieg. ¿Pues cómo, sabiendo que tiene usted un amigo, no desahoga con él su corazón?
Franc. Porque eso mismo me obliga á callar.
Dieg. Eso quiere decir que tal vez soy yo la causa de su pesadumbre de usted.
Franc. No, señor, usted en nada me ha ofendido... No es de usted de quien yo me debo quejar.
Dieg. ¿Pues de quién, hija mia?... Venga usted acá... (*Acércase mas.*) Hablemos siquiera una vez sin rodeos ni disimulacion... Dígame usted: ¿no es cierto que usted mira con algo de repugnancia este casamiento que se la propone? ¿Cuánto va, que si la dejasen á usted entera libertad para la eleccion, no se casaria conmigo?
Franc. Ni con otro.
Dieg. ¿Será posible que usted no conozca otro mas amable que yo, que le quiera bien, y que la corresponda como usted merece?
Franc. No, señor; no, señor.
Dieg. Mírelo usted bien.
Franc. ¿No le digo á usted que no?
Dieg. ¿Y he de creer, por dicha, que conserve usted tal inclinacion al retiro en que se ha criado, que prefiera la austeridad del convento á una vida mas...?
Franc. Tampoco, no, señor... Nunca he pensado así.
Dieg. No tengo empeño de saber mas... Pero, de todo lo que acabo de oír, resulta una gravísima contradiccion. Usted no se halla inclinada al estado religioso, segun parece. Usted me asegura que no tiene queja ninguna de mí, que está persuadida de lo mucho que la estimo, que no piensa casarse con otro, ni debo rezelar que nadie me dispute su mano... ¿Pues, qué llanto es ese? ¿De donde nace esa tristeza profunda, que en tan poco tiempo ha alterado su semblante de usted en términos que apenas le reconozco? ¿Son estas las señales de quererme esclusivamente á mí? ¿de casarse gustosa conmigo dentro de pocos dias? ¿Se anuncian así la alegría y el amor? (*Vase iluminando lentamente el teatro, suponiéndose que viene la luz del día.*)

Franc. ¿Y qué motivos le he dado á usted para tales desconfianzas?
Dieg. Pues, ¿qué? Si yo prescindo de estas consideraciones, si apresuro las diligencias de nuestra union, si su madre de usted sigue aprobándola, y llega el caso de...
Franc. Haré lo que mi madre me manda, y me casaré con usted.
Dieg. ¿Y despues, Paquita?
Franc. Despues... Y mientras me dure la vida, seré muger de bien.
Dieg. Eso no lo puedo yo dudar... Pero, si usted me considera como el que ha de ser hasta la muerte su compañero y su amigo, dígame usted, ¿estos titulos no me dan algun derecho para merecer de usted mayor confianza? ¿No he de lograr que usted me diga la causa de su dolor? Y no para satisfacer una impertinente curiosidad, sino para emplearme todo en su consuelo, en mejorar su suerte, en hacerla dichosa, si mi conato y mis diligencias pudiesen tanto.
Franc. ¡Dichas para mí!... Ya se acabaron.
Dieg. ¿Porqué?
Franc. Nunca diré porqué.
Dieg. Pero, ¡qué obstinado, qué imprudente silencio!... Cuando usted misma debe presumir que no estoy ignorante de lo que hay.
Franc. Si usted lo ignora, señor Don Diego, por Dios no finja que lo sabe; y si en efecto lo sabe usted, no me lo pregunte.
Dieg. Bien está. Una vez que no hay nada que decir, que esa afliccion y esas lágrimas son voluntarias, hoy llegaremos á Madrid, y dentro de ocho dias será usted mi muger.
Franc. Y daré gusto á mi madre.
Dieg. Y vivirá usted infeliz.
Franc. Ya lo sé.
Dieg. Ve aquí los frutos de la educacion. Esto es lo que se llama criar bien á una niña: enseñarla á que desmienta y oculte las pasiones mas inocentes, con una pérdida disimulacion. Las juzgan honestas, luego que las ven instruidas en el arte de callar y mentir. Se obstinan en que el temperamento, la edad, ni el genio, no han de tener influencia alguna en sus inclinaciones, ó en que su voluntad ha de torcerse al capricho de quien las gobierna. Todo se las permite, menos la sinceridad. Con tal que no digan lo que sienten, con tal que se presten á pronunciar, cuando se lo manden, un sí, perjuro, sacrilego, origen de tantos escándalos, ya están bien criadas: y se llama excelente educacion la que inspirará en ellas el temor, la astucia y el silencio de un esclavo.
Franc. Es verdad... Todo eso es cierto... Eso exigen de nosotras, eso aprendemos en la escuela que se nos da... Pero el motivo de mi afliccion es mucho mas grande.
Dieg. Sea cual fuere, hija mia, es menester que usted se anime... Si la ve á usted su madre de esa manera, ¿qué ha de decir?... Mire usted que ya parece que se ha levantado.
Franc. ¡Dios mio!
Dieg. Sí, Paquita: conviene mucho que usted vuelva un poco sobre sí... No abandonarse tanto... Confianza en Dios... Vamos, que no siempre nuestras desgracias son tan grandes como la imaginacion las pinta... Mire usted qué desorden este! ¡Qué agitacion! ¡Qué lágrimas! Vaya, me da usted palabra de presentarse, así... con cierta serenidad y... ¿eh?
Franc. Y usted, señor... Bien sabe usted el genio de

mi madre. Si usted no me defiende, ¿á quién he de volver los ojos? ¿Quién tendrá compasion de esta desdichada?
Dieg. Su buen amigo de usted... Yo... ¿Cómo es posible que yo la abandonase, criatura, en la situacion dolorosa en que la veo? (*Asiéndola de las manos.*)
Franc. ¿De veras?
Dieg. Mal conoce usted mi corazón.
Franc. Bien le conozco. (*Quiere arrodillarse, Don Diego se lo estorba y ámbos se levantan.*)
Dieg. ¿Qué hace usted, niña?
Franc. Yo no sé... ¿Qué poco merece toda esa bondad una muger tan ingrata para con usted!... No, ingrata, no, infeliz... ¡Ay! ¡qué infeliz soy, señor Don Diego!
Dieg. Yo bien sé que usted agradece, como puede, el amor que la tengo... Lo demas todo ha sido... ¿Que sé yo?... una equivocacion mia, y no otra cosa... Pero usted, inocente, usted no ha tenido la culpa.
Franc. Vamos... ¿No viene usted?
Dieg. Ahora no, Paquita. Dentro de un rato iré por allá.
Franc. Vaya usted presto. (*Encaminándose al cuarto de Doña Irene, vuelve y se despide de Don Diego besándole las manos.*)
Dieg. Si, presto iré.

ESCENA IX.

SIMON, DON DIEGO.

Sim. Ahí están, señor.
Dieg. ¿Qué dices?
Sim. Cuando yo salia de la puerta, los vi á lo léjos, que iban ya de camino. Empecé á dar voces y hacer señas con el pañuelo: se detuvieron, y apenas llegué y le dije al señorito lo que usted mandaba, volvió las riendas, y está abajo. Le encargué que no subiera hasta que le avisara yo, por si acaso habia gente aquí, y usted no queria que le viesen.
Dieg. ¿Y qué dijo, cuando le diste el recado?
Sim. Ni una sola palabra... Muerto viene... Ya digo, ni una palabra... A mí me ha dado compasion el verle así, tan...
Dieg. No me empieces ya á interceder por él.
Sim. ¿Yo, señor?
Dieg. Sí, que no te entiendo yo... ¡Compasion!... Es un pícaro.
Sim. Como yo no sé lo que ha hecho.
Dieg. Es un bribon, que me ha de quitar la vida... Ya te he dicho que no quiero intercesores.
Sim. Bien está, señor. (*Vase por la puerta del foro. Don Diego se sienta, manifestando inquietud y enojo.*)
Dieg. Dile que suba.

ESCENA X.

DON CARLOS, DON DIEGO.

Dieg. Venga usted acá, señorito, venga usted... ¿En donde has estado desde que no nos vemos?
Cárl. En el meson de afuera.
Dieg. ¿Y no has salido de allí en toda la noche, eh?
Cárl. Si, señor, entré en la ciudad y...
Dieg. ¿A qué?... Siéntese usted.
Cárl. (*Siéntase.*) Tenia precision de hablar con un sugeto.

Dieg. ¡Precision!
Cárl. Si, señor... Le debo muchas atenciones, y no era posible volverme á Zaragoza, sin estar primero con él.
Dieg. Ya. En habiendo tantas obligaciones de por medio... Pero venirle á ver á las tres de la mañana, me parece mucho desacuerdo... ¿Porqué no le escribiste un papel?... Mira, aquí he de tener... Con este papel que le hubieras enviado, en mejor ocasion, no habia necesidad de hacerle trasnochar, ni molestar á nadie. (*Dándole el papel que tiraron á la ventana. Don Carlos, luego que le reconoce, se le vuelve y se levanta en ademán de irse.*)
Cárl. Pues sí todo lo sabe usted, ¿para qué me llama? ¿Porqué no me permite seguir mi camino y se evitaria una contestacion, de la cual ni usted ni yo quedaríamos contentos?
Dieg. Quiere saber su tío de usted lo que hay en esto, y quiere que usted se lo diga.
Cárl. ¿Para qué saber mas?
Dieg. Porque yo lo quiero y lo mando. ¡Oiga!
Cárl. Bien está.
Dieg. Siéntate ahí... (*Siéntase Don Carlos.*) ¿En donde has conocido á esta niña?... ¿Qué amor es éste? ¿Qué circunstancias han ocurrido?... ¿Qué obligaciones hay entre los dos? ¿Dónde, cuándo la viste?
Cárl. Volviéndome á Zaragoza el año pasado, llegué á Guadalajara, sin ánimo de detenerme; pero el intendente, en cuya casa de campo nos apeámos, se empeñó en que habia de quedarme allí todo aquel día, por ser cumpleaños de su parienta, prometiéndome que al siguiente me dejaria proseguir mi viaje. Entre las gentes convidadas hallé á Doña Paquita, á quien la señora habia sacado aquel día del convento, para que se esparciese un poco... Yo no sé que vi en ella, que escitó en mí una inquietud, un deseo constante, irresistible, de mirarla, de oirla, de hallarme á su lado, de hablar con ella, de hacerme agradable á sus ojos... El intendente dijo entre otras cosas... burlándose... que yo era muy enamorado, y le ocurrió fingir que me llamaba Don Félix de Toledo, nombre que dió Calderon á algunos amantes de sus comedias. Yo sostuve esta ficcion; porque desde luego concebí la idea de permanecer algun tiempo en aquella ciudad; evitando que llegase á noticia de usted... Observé que Doña Paquita me trató con un agrado particular, y cuando por la noche nos separáramos, yo quedé lleno de vanidad y de esperanzas, viéndome preferido á todos los concurrentes de aquel día, que fueron muchos. En fin... Pero, no quisiera ofender á usted, refiriéndole...
Dieg. Prosigue.
Cárl. Supe que era hija de una señora de Madrid, viuda y pobre, pero de gente muy honrada... Fue necesario fiar de mi amigo los proyectos de amor que me obligaban á quedarme en su compañía; y él, sin aplaudirlos ni desaprobarnos, halló disculpas las mas ingeniosas, para que ninguno de su familia estrañara mi detencion. Como su casa de campo está inmediata á la ciudad, fácilmente iba y venia de noche... Logré que Doña Paquita leyese algunas cartas mías; y con las pocas respuestas que de ella tuve, acabé de precipitarme en una pasion, que mientras viva me hará infeliz.
Dieg. Vaya... Vamos, sigue adelante.
Cárl. Mi asistente (que, como usted sabe, es hombre de travesura, y conoce el mundo), con mil arti-

ficios que á cada paso le ocurrian, facilitó los muchos estorbos que al principio hallábam... La seña era dar tres palmadas, á las cuales respondian con otras tres, desde una ventanilla que daba al corral de las monjas. Hablábamos todas las noches, muy á deshora, con el recato y las precauciones que ya se dejan entender... Siempre fui para ella Don Félix de Toledo, oficial de un regimiento, estimado de mis gefes y hombre de honor. Nunca la dije mas, ni la hablé de mis parientes, ni de mis esperanzas; ni la dí á entender que casándose conmigo podría aspirar á mejor fortuna; porque ni me convenia nombrarle á usted, ni quise esponerla á que las miras de interes y no el amor la inclinasen á favorecerme. De cada vez la hallé mas fina, mas hermosa, mas digna de ser adorada... Cerca de tres meses me detuve allí; pero al fin, era necesario separarnos, y una noche funesta me despedí, la dejé rendida á un desmayo mortal, y me fui, ciego de amor, adonde mi obligacion me llamaba... Sus cartas consolaron por algun tiempo mi ausencia triste, y en una que recibí pocos dias ha, me dijo como su madre trataba de casarla; que primero perderia la vida que dar su mano á otro que á mí; me acordaba mis juramentos, me exhortaba á cumplirlos... Monté á caballo, corrí precipitado el camino, llegué á Guadalajara; no la encontré, vine aquí... Lo demas bien lo sabe usted, no hay para qué decirselo.

Dieg. ¿Y qué proyectos eran los tuyos en esta venida?

Cárl. Consolarla, jurarla de nuevo un eterno amor, pasar á Madrid, verle á usted, echarme á sus piés, referirle todo lo ocurrido y pedirle, no riquezas, ni herencias, ni protecciones, ni... eso no... Solo su consentimiento y su bendicion, para verificar un enlace tan suspirado, en que ella y yo fundábamos toda nuestra felicidad.

Dieg. Pues ya ves, Cárlos, que es tiempo de pensar muy de otra manera.

Cárl. Sí, señor.

Dieg. Si tú la quieres, yo la quiero tambien. Su madre y toda su familia aplauden este casamiento. Ella... y sean las que fueren las promesas que á tí te hizo... ella misma, no ha media hora, me ha dicho que está pronta á obedecer á su madre y darme la mano, así que...

Cárl. Pero no el corazón. (Levántase.)

Dieg. ¿Qué dices?

Cárl. No, eso no... Seria ofenderla... Usted celebrará sus bodas cuando guste: ella se portará siempre como conviene á su honestidad y á su virtud; pero yo he sido el primero, el único objeto de su cariño, lo soy y lo seré... Usted se llamará su marido; pero si alguna ó muchas veces la sorprende, y ve sus ojos hermosos inundados en lágrimas, por mí las vierte... No la pregunte usted jamas el motivo de sus melancolias... Yo, yo seré la causa... Los suspiros, que en vano procurará reprimir, serán finezas dirigidas á un amigo ausente.

Dieg. ¿Qué temeridad es ésta? (Se levanta con mucho enojo, encaminándose hácia Don Cárlos, el cual se va retirando.)

Cárl. Ya se lo dije á usted... Era imposible que yo hablase una palabra sin ofenderle... Pero acabemos esta odiosa conversacion... Viva usted feliz y no me aborrezca, que yo en nada le he querido disgustar... La prueba mayor que yo puedo darle de mi obediencia y mi respeto, es la de salir de aquí inmediatamente... Pero, no se me

niegue, á lo ménos, el consuelo de saber que usted me perdona.

Dieg. ¿Con que en efecto te vas?

Cárl. Al instante, señor... Y esta ausencia será bien larga.

Dieg. ¿Porqué?

Cárl. Porque no me conviene verla en mi vida... Si las voces que corren de una próxima guerra se llegaran á verificar... entónces...

Dieg. ¿Qué quieres decir? (Asiendo de un brazo á Don Cárlos, le hace venir mas adelante.)

Cárl. Nada... Que apetezco la guerra, porque soy soldado.

Dieg. ¡Cárlos!... ¡Qué horror!... ¿Y tienes corazón para decirme eso?

Cárl. Alguien viene... (Mirando con inquietud hácia el cuarto de Doña Irene, se desprende de Don Diego y háce ademán de irse por la puerta del foro. Don Diego va detras de él y quiere impedirselo.) Tal vez será ella... Quede usted con Dios.

Dieg. ¿Adonde vas?... No, señor, no has de irte.

Cárl. Es preciso... Yo no he de verla... Una sola mirada nuestra pudiera causarle á usted inquietudes crueles.

Dieg. Ya he dicho que no ha de ser... Entra en ese cuarto.

Cárl. Pero si...

Dieg. Haz lo que te mando. (Éntrese Don Cárlos en el cuarto de Don Diego.)

ESCENA XI.

DOÑA IRENE, DON DIEGO.

Iren. Con que, señor Don Diego, ¿es ya la de vámonos?... Buenos dias... (Apaga la luz que está sobre la mesa.) ¿Reza usted?

Dieg. (Paseándose con inquietud.) Sí, para rezar estoy ahora.

Iren. Si usted quiere, ya pueden ir disponiendo el chocolate, y que avisen al mayoral, para que enganchen luego que... Pero ¿qué tiene usted, señor?... ¿Hay alguna novedad?

Dieg. Sí, no deja de haber novedades.

Iren. Pues qué... Dígalo usted por Dios... ¡Vaya, vaya!... No sabe usted lo asustada que estoy... Cualquiera cosa, así, repentina, me remueve toda y me... Desde el último mal parto que tuve quedé tan sumamente delicada de los nervios...

Dieg. Y va ya para diez y nueve años, si no son veinte; pero desde entónces, ya digo, cualquiera friolera me trastorna... Ni los baños, ni caldos de culebra, ni la conserva de tamarindos, nada me ha servido, de manera que...

Dieg. Vamos, ahora no hablemos de malos partos ni de conservas... Hay otra cosa mas importante de que tratar. ¿Qué hacen esas muchachas?

Iren. Están recogiendo la ropa y haciendo el cofre, para que todo esté á la vela, y no haya detencion.

Dieg. Muy bien. Siéntese usted... (Siéntanse los dos.) Y no hay que asustarse ni alborotarse por nada de lo que yo diga: y cuenta, no nos abandone el juicio, cuando mas le necesitamos... Su hija de usted está enamorada.

Iren. ¿Pues no lo he dicho ya mil veces? Si, señor, que lo está, y bastaba que yo lo dijese para que...

Dieg. ¡Este vicio maldito de interrumpir á cada paso!... Déjeme usted hablar.

Iren. Bien, vamos, hable usted.

Dieg. Está enamorada; pero no está enamorada de mí.

Iren. ¿Qué dice usted?

Dieg. Lo que usted oye.

Iren. Pero ¿quién le ha contado á usted esos disparates?

Dieg. Nadie. Yo lo sé, yo lo he visto, nadie me lo ha contado, y cuando se lo digo á usted, bien seguro estoy de que es verdad... Vaya, ¿qué llanto es ese?

Iren. (Llorando.) ¡Pobre de mí!

Dieg. ¿A qué viene eso?

Iren. ¡Porque me ven sola y sin medios, y porque soy una pobre viuda, parece que todos me desprecian y se conjuran contra mí.

Dieg. Señora Doña Irene...

Iren. Al cabo de mis años y de mis achaques, verme tratada de esta manera: como un estropajo, como una puerca cenicienta, vamos al decir... ¿Quién lo creyera de usted? ¡Válgame Dios!... ¡Si vivieran mis tres difuntos!... Con el último difunto que me viviera, que tenia un genio como una serpiente...

Dieg. Mire usted, señora, que se me acaba ya la paciencia...

Iren. Que lo mismo era replicarle que se ponía hecho una furia del infierno; y un dia del Córpus, yo no sé por qué friolera, hartó de mogicones á un comisario ordenador, y si no hubiera sido por dos padres del Cármen que se pusieron de por medio, le estrella contra un poste en los portales de Santa Cruz.

Dieg. Pero, ¿es posible que no ha de atender usted á lo que voy á decirle?

Iren. ¡Ay! no, señor, que bien lo sé, que no tengo pelo de tonta, no, señor... Usted ya no quiere á la niña, y busca pretextos para zafarse de la obligacion en que está... ¡Hija de mi alma y de mi corazón!

Dieg. Señora Doña Irene, hágame usted el gusto de oirme, de no replicarme, de no decir despropósitos; y luego que usted sepa lo que hay, llóre y gima y grite y diga cuanto quiera... Pero entretanto, no me apure usted el sufrimiento, por amor de Dios.

Iren. Diga usted lo que le dé la gana.

Dieg. Que no volvamos otra vez á llorar y á...

Iren. No, señor, ya no lloro. (Enjúgase las lágrimas con un pañuelo.)

Dieg. Pues hace ya cosa de un año, poco mas ó ménos, que Doña Paquita tiene otro amante. Se han hablado muchas veces, se han escrito, se han prometido amor, fidelidad, constancia... Y por último existe en ámbos una pasion tan fina, que las dificultades y la ausencia, léjos de disminuirla, han contribuido eficazmente á hacerla mayor. En este supuesto...

Iren. Pero ¿no conoce usted, señor, que todo es un chisme, inventado por alguna mala lengua que no nos quiere bien?

Dieg. Volvemos otra vez á lo mismo... No, señora, no es chisme. Repito de nuevo que lo sé.

Iren. ¿Qué ha de saber usted, señor, ni qué traza tiene eso de verdad? ¡Con que, la hija de mis entrañas, encerrada en un convento, ayunando los siete reverbios, acompañada de aquellas santas religiosas!... ¡Ella, que no sabe lo que es mundo, que no ha salido todavía del cascaron, como quien dice!... Bien se conoce que no sabe usted el genio que tiene Circuncision... Pues, bonita es ella, para haber disimulado á su sobrina el menor deslíz.

Dieg. Aquí no se trata de ningun deslíz, señora Doña Irene; se trata de una inclinacion honesta, de la cual hasta ahora no habíamos tenido ante-

cedente alguno. Su hija de usted es una niña muy honrada, y no es capaz de deslizarse... Lo que digo es que la madre Circuncision, y la Soledad, y la Candelaria, y todas las madres y usted y yo el primero, nos hemos equivocado solemnemente. La muchacha se quiere casar con otro y no conmigo... Hemos llegado tarde; usted ha contado, muy de ligero, con la voluntad de su hija... Vaya, ¿para qué es cansarnos? Lea usted ese papel y verá si tengo razon. (Saca el papel de Don Cárlos y se le da. Doña Irene, sin leerle, se levanta muy agitada, se acerca á la puerta de su cuarto y llama. Levántase Don Diego y procura en vano contenerla.)

Iren. ¡Yo he de volverme loca!... ¡Francisquita!... ¡Virgen del Tremedal!... ¡Rita!... ¡Francisca!

Dieg. Pero, ¿á qué es llamarlas?

Iren. Si, señor, que quiero que venga y que se desengañe la pobrecita de quien es usted.

Dieg. Lo echó todo á rodar... Esto le sucede á quien se fia de la prudencia de una muger.

ESCENA XII.

DOÑA FRANCISCA, RITA, DOÑA IRENE, DON DIEGO.

Rita. Señora.

Franc. ¿Me llamaba usted?

Iren. Sí, hija, sí; porque el señor Don Diego nos trata de un modo, que ya no se puede aguantar. ¿Qué amores tienes, niña? ¿A quién has dado palabra de matrimonio? ¿Qué enredos son estos?... Y tú, picarona... Pues tú tambien lo has de saber... Por fuerza lo sabes... ¿Quién ha escrito este papel? ¿Qué dice?... (Presentando el papel abierto á Doña Francisca.)

Rita. (Aparte á Doña Francisca.) Su letra es.

Franc. ¡Qué maldad!... Señor Don Diego, ¿así cumple usted su palabra?

Dieg. Bien sabe Dios que no tengo la culpa... Venga usted aquí... (Asiendo de una mano á Doña Francisca, la pone á su lado.) No hay que temer... Y usted, señora, escuche y calle, y no me ponga en términos de hacer un desatino... Déme usted ese papel... (Quitándole el papel de las manos á Doña Irene.) Paquita, ya se acuerda usted de las tres palmadas de esta noche.

Franc. Mientras viva me acordaré.

Dieg. Pues este es el papel que tiraron á la ventana... No hay que asustarse, ya lo he dicho. (Lee.) «Bien me mío: si no consigo hablar con usted, haré lo posible para que llegué á sus manos esta carta. » Apénas me separé de usted, encontré en la posada al que yo llamaba mi enemigo, y al verle no sé como no espiré de dolor. Me mandó que saliera inmediatamente de la ciudad y fué preciso obedecerle. Yo me llamo Don Cárlos, no Don Félix... Don Diego es mi tio. Viva usted dichosa y olvídese para siempre á su infeliz amigo.

» CARLOS DE URBINA. »

Iren. ¿Con que hay eso?

Franc. ¡Triste de mí!

Iren. ¿Con que es verdad lo que decía el señor, grandísima picarona? Te has de acordar de mí. (Se encamina hácia Doña Francisca, muy cólerica y en ademán de querer maltratarla. Rita y Don Diego procuran estorbárselo.)

Franc. ¡Madre!... ¡Perdon!

Iren. No, señor, que la he de matar.

Dieg. ¿Qué locura es esta?

Iren. He de matarla.

ESCENA XIII.

DON CARLOS, DON DIEGO, DOÑA IRENE, DOÑA FRANCISCA, RITA.

Cárl. (Sale del cuarto precipitadamente, coge de un brazo á Doña Francisca, se la lleva hácia el fondo del teatro y se pone delante de ella para defenderla. Doña Irene se asusta y se retira.)
Eso no... Delante de mí nadie ha de ofenderla.

Franc. ¡Cárlos!

Cárl. (Acercándose á Don Diego.) Disimule usted mi atrevimiento... He visto que la insultaban, y no me he sabido contener.

Iren. ¡Qué es lo que me sucede, Dios mio!... ¿Quién es usted?... ¿Qué acciones son estas?... ¿Qué escándalo!...

Dieg. Aquí no hay escándalos... Ese es de quien su hija de usted está enamorada... Separarlos y matarlos, viene á ser lo mismo... Cárlos... No importa... Abraza á tu muger. (Don Cárlos va adonde está Doña Francisca: se abrazan y ámbos se arrodillan á los piés de Don Diego.)

Iren. ¿Con que su sobrino de usted?...

Dieg. Sí, señora, mi sobrino; que con sus palmadas, y su música, y su papel, me ha dado la noche mas terrible que he tenido en mi vida... ¿Qué es esto, hijos míos, qué es esto?

Franc. ¿Con que usted nos perdona y nos hace felices?

Dieg. Sí, prendas de mi alma... Sí. (Los hace levantar con espresiones de ternura.)

Iren. Y es posible que usted se determine á hacer un sacrificio...

Dieg. Yo pude separarlos para siempre, y gozar tranquilamente la posesion de esta niña amable; pero mi conciencia no lo sufre... ¡Cárlos!... ¡Paquita! ¡Qué dolorosa impresion me deja en el alma el esfuerzo que acabo de hacer!... Porque, al fin, soy hombre miserable y débil.

Cárl. (Besándole las manos.) Si nuestro amor, si

nuestro agradecimiento pueden bastar á consolar á usted en tanta pérdida...

Iren. ¡Con que el bueno de Don Cárlos! Vaya que...

Dieg. Él y su hija de usted estaban locos de amor, mientras usted y las tias fundaban castillos en el aire, y me llenaban la cabeza de ilusiones, que han desaparecido como un sueño... Esto resulta del abuso de la autoridad, de la opresion que la juventud padece: estas son las seguridades que dan los padres y los tutores, y esto lo que se debe fiar en el sí de las niñas... Por una casualidad he sabido á tiempo el error en que estaba... ¡Ay de aquellos que lo saben tarde!

Iren. En fin, Dios los haga buenos, y que por muchos años se gocen... Venga usted acá, señor, venga usted, que quiero abrazarle... (Abrazanse Don Cárlos y Doña Irene. Doña Francisca se arrodilla y la besa la mano.) Hija, Francisquita, ¡vaya! Buena eleccion has tenido... Ciertamente es un mozo galan... morenillo, pero tiene un mirar de ojos muy hechicero.

Rita. Si, dígaselo usted, que no lo ha reparado la niña... Señorita, un millon de besos. (Doña Francisca y Rita se besan, manifestando mucho contento.)

Franc. ¡Pero, ves qué alegría tan grande!... Y tú, como me quieres tanto... siempre, siempre serás mi amiga.

Dieg. (Abraza á Doña Francisca.) Paquita hermosa, recibe los primeros abrazos de tu nuevo padre. No temo ya la soledad terrible que amenazaba á mi vejez... Vosotros (asiendo de las manos á Doña Francisca y á Don Cárlos) seréis la delicia de mi corazon; y el primer fruto de vuestro amor... sí, hijos, aquel... no hay remedio, aquel es para mí. Y cuando le acaricie en mis brazos, podré decir: á mí me debe su existencia este niño inocente; si sus padres viven, si son felices, yo he sido la causa.

Cárl. ¡Bendita sea tanta bondad!

Dieg. Hijos, bendita sea la de Dios.

TEATRO ESPAÑOL ESSOJIDO.



EL SÍ DE LAS NIÑAS.

ACT. III. ESC. 13ª.

D. Diego. « Cárlos. . . . No importa. . . .
Abraza á tu mujer. »